

las hiciesen algun ruido, se decidió á elegir un término medio para distraer la atención del coronel. Dá un tremendo suspiro y al oírlo Sopelano exclama.

—¡Ah! ¡ah! ¡con qué has despertado ya!...

—¿Cómo?... ¿se halla usted aquí, mi querido tío!

—Si... me parece que no me esperaba. . . y á la verdad no hubiera venido si Benito no me hubiese dado las señas.

—¡Ah!... con que... Benito... le ha dicho á usted. . .

—Después de haberle dado veinte palos en premio de su silencio. . . y de ofrecerle otros veinte. . .

—¡Pobre Benito! . . . desde que me sirve, el salario de los palos es el único que ha recibido.

—Creo que ya no deliras, Gustavo.

—Me siento mejor. . . y mañana tendré el placer de ir á casa de usted. . . si me ayudan las fuerzas.

—No, sobrino: ahora vendrás conmigo, sea á pié ó en coche. . . no quiero ser el juguete de tu fiebre. . . ¿Pero qué ruido es ese!

—¡Nada. . . no es nada: el doguillo de Oliver.

—¡Mil cartucheras! . . ¡un gato! ¡un doguillo! ¡Entonces vuestra casa es el arca de Noé!

—Oliver quiere mucho á los animales.

—¡Pero mil bombas! el doguillo no habla, y yo oigo cochicar detrás de esa puerta. ¡Cien cañones!

Acércase el coronel al cuartito, y Gustavo se incorpora para impedirle el paso, sin tener en cuenta que al destaparse enteramente mostraria los pantalones; vélos el coronel, y ya no duda de que ha sido juguete de una nueva calaverada; quiere enterarse de todas las circunstancias que le acompañan; corre al cuartito, y á pesar de las súplicas del sobrino, se abalanza á abrirle; pero está echado el cerrojo por dentro y no hay medio de penetrar en él.

—¡Hola, hola, gritó el coronel. . . parece que la moza que hace la cama á Oliver busca ahí dentro su bolsa!

—¡A. . . ¡A. . . Pero voto á Santiago! me quedará aquí aunque sea hasta mañana, y conoceré á esa Frasquita. . . ¡Mil bombas! . . no saldrá sin que yo la eche la vista encima.

Tal amenaza estremece á las prisioneras: estaba la costurera determinada á salir; pero Rosita que temblaba al coronel, contuvo á su compañera haciéndola un retrato horrendo de aquel hombron que en otro tiempo le había dado un puntapié por haberla encontrado hablando con su sobrino. Por otra parte la costurera tenia vergenza de ser hallada en el escondrijo; así es que la una y la otra permanecian sin dar muestras de querer salir. Con todo, su situación era horrosa y no debía ni podia prolongarse; se hallaban sumamente incómodas, y Gustavo que lo adivinaba, se sacrificó por ellas generosamente.

Levántase, y poniéndose en un momento el frac, chaleco y corbata, dice á su tío que está dispuesto á seguirle.

—¡Cien fusiles! . . ¡mit casaca! . . ¡tunante! . . pronto has sanado de tu fiebre!

—Ya vé usted, querido tío que arroastro su cólera; pero le suplico encarecidamente que respete el pudor de las virtuosas é interesantes señoritas, á la verdad bien inocentes, que no debían estar muy divertidas en ese cuartito: ruego á usted con encarecimiento por ellas y me atrevo á esperar que nos iremos sin verlas.

—Par diez, debiera suministrar un par de tandas de baguetas á esas señoritas virtuosas que se esconden en la casa de los calaveras; pero dejémoslas salir, y vámonos; si bien te aseguro que será esta la última comida que improvises á expensas de mi bolsillo, para tan modestas é inocentes mariposas.



VARIEDADES.



GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

—¡Eso también!
—Ya que no he podido hallar piedada en los hombres, á lo menos pediré misericordia á Dios. Esto no se niega ni aun á los que suben al cadalso.

—Ea, pues, reza.
Arrodillóse Guillermo, y pareció absorto en su oración, en tanto atañaba el niño al árbol; quisieronle vender los ojos; pero él lo rehusó.

—¿Cómo dijo Guillermo, interrumpiendo su plegaria, ¡no le vendáis los ojos!
—Dice que quiere veros, gritaron los arqueros.

—Yo no quiero, exclamó Guillermo, yo no quiero, no tiro, porque puedo hacer algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataría á mi hijo. Walter, déjate vender los ojos, mira, te lo pido de rodillas.
—Que me los vendan, respondió el niño.

—Gracias, repuso Guillermo, enjugándose la frente, gracias, eres un buen muchacho.

—¡Animo, gritó Walter, ánimo, padre.

—Si, sí, respondió éste, doblando una rodilla y armando la ballesta. Monseñor, dijo volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto lo habeis hecho para castigarne, para probarme, y que ahora que veis cuánto he sufrido, me perdonais. ¡No es así, monseñor! En nombre del cielo, en nombre de la Virgen ¡graciam perdón!

—Vamos, pronto, dijo el gobernador y no me causes mas. ¡No eres buen cazador! pues danos una muestra de tu destreza.

—¡Dios mío! tened piedad de mí, murmuro Guillermo levantando los ojos al cielo.

Entonces cogiendo la ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó ligeramente el extremo delantero del arma, y cuando llegó á la altura regular, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja en el árbol agitada por el viento, se quedó inmóvil, cual una estatua de mármol. No se oía un soplo, las respiraciones se habían suspendido, y todos los ojos estaban fijos. Salto el tiro y resonó un grito general de alegría; la manzana estaba clavada á la cocina, y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vació, dejó caer la ballesta y dió consigo en tierra.

Cuando Guillermo volvió en sí, hallábase en brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióso al

baillio cuyos ojos brillaban de cólera.

—He hecho lo que queriais? preguntó Guillermo.

—Si, respondió Guessler, eres un valiente arquero, y te perdono como te prometí, tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar entre los dos.

Tu socorriste á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en su derredor como si hubiese perdido el juicio.

—Arqueros, llevad ese hombre á la cárcel, pues para castigar el asesinato y la traicion, se necesita un proceso en forma.

—Oh! bien debe haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo, y se dejó conducir al calabozo.

El niño Walter fué devuelto á su madre.

IV.

La noticia de lo que acababa de suceder, se divulgó en seguida, por todos los pueblos de las cercanías, y causó grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la dulzura de su carácter, sus virtudes domésticas y su desinteresado proceder en los ajenos infortunios, le habian granjeado la estimación y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria destreza le valia una sencilla admira- ción, por la cual se lo miraba como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos, obligados á alimentarse con el fruto de su habilidad y á defenderse con la propia fuerza, estas dos cualidades son las que mas distinguen al hombre y las que le elevan al rango de semidiosos. Hércules, Tesco, Castor y Polux, no tuvieron otra escalera para llegar al cielo.

A la media noche dieron cuenta á Guessler, de que estaba próxima á es-

tallar una rebelion. Guessler pensó que el mejor medio de frustrarla, era sacar del distrito de Uri á Guillermo, y conducirlo á una ciudadela de los duques de Austria, situada al pié del monte Rigi; entre Küssnach y Weggis, y creyendo que el viaje seria mas seguro embarcándose que no por tierra, mandó preparar una barca, y una hora antes de amanecer, mandó conducir á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros formaban toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Huelen, lugar del embarque, encontró ya cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de piés y manos, estaba echado en el fondo del barco junto á él, y como prueba de conviccion, estaba el arma terrible que como instrumento de su sin igual destreza, despertara tantos temores en el corazon del baillio. Los arqueros sentados en los últimos bancos del pequeño mástil estaban prontos á izar, y el que hacia de piloto, esperaba en la orilla que llegase el gobernador.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Por ahora se presenta favorable.

—¿Y el cielo?

—Nos promete un dia magnifico.

—Partamos, pues, sin perder tiempo.

—En seguida.

Guessler tomó asiento en la popa del barco, los marineros desplegaron la vela, y el barco empezó á deslizar- se por el espejo del lago, gracioso y ligero cual un cisne.

El gobernador abismábase en reflexiones, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los marineros, obedeciendo con repugnancia, ejecu- taban tristemente las maniobras que les dictaba el piloto. De repente cruzó el espacio una luz meteórica, que destacándose del cielo pareció precipitarse en el lago. Los dos marineros se miraron uno á otro, y el piloto que llevaba el timon se santiguó de- votamente.

—¿Qué es eso, patron? preguntó Guessler.

—Nada, por ahora nada; pero hay quien cree que una estrella que cae del cielo, es un aviso que nos dá el alma de una persona que nos fué que- rida.

—Y ese aviso es de buen agüero!

—¡Un! El cielo comunmente, no suele darnos presagios felices, porque la felicidad es siempre bien acogida.

—¿Conque esa estrella es un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando acontece tal cosa al tiempo de embarcarse, vale mas que- darse en tierra.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar la ruta. . . .

—En tal caso no hay mas que ha- cer, sino confiar en la paz de la conciencia, y poner la vida en manos de Dios.

A estas palabras sucedió un profun- do silencio, y la barca siguió volando por el lago como si tuviese las alas de una ave acuática. Al cabo de poco tiempo, mostróse evidente el cambio de la atmósfera: á medida que se acer- caba la mañana palidecian las estre- llas, no en medio de una luz mas clara como suelen de costumbre, sino como si una mano invisible hubiera ti- rado por cima de ellas un velo de va- pores entre la tierra y el cielo. Poco antes de la aurora, calmó el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitasen la menor brisa, se removió como si fuese á hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros se pusieron á maniobrar; pero antes de cumplir la órden del piloto, se adelantaron algu- nas pequeñas olas coronadas de espu- ma, que llegando rápidamente de Bruenen, parecian salir al encuentro de la barca.

—El viento! el viento! gritó el pi- loto, arriad su bande.

Pero fuese por la torpeza de los ma- rineros, ó bien que algun nudo mal hecho impidiese la ejecucion de la ma-

niobra, el viento estaba sobre la em- barcacion, antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la navicella, tem- bló como un caballo que siente rugir á un leon, luego así tambien como un caballo, pareció escabritarse, hasta que volviéndose por sí misma, como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible enemigo, presentó el flanco á su contrario. La vela que poco antes estaba incierta, se hinchó como si quisiese abrirse, y poco faltó para que la barca zozobrase. En tan critico mo- mento el piloto cortó con su cuchillo el cordage que sustentaba la vela, que flotó un momento como un pabellon izarado en la punta de un mástil; y rompiendo por último todo estorbo, echó- se á volar como un pájaro sobre las ráfagas del viento, y la barca se levantó tranquilamente recobrando su equi- librio. Entonces empezó á rayar el dia.

—¿Camarada! dijo Guessler, el pre- sagio no menta, y en verdad que se ha cumplido pronto.

—Si, si, la boca de Dios no miente como la de los hombres. . . .

—¿Crees que no habrá mas que esa borrasquilla, ó pensais que este golpe de viento es solamente el precursor de una tempestad mas terrible?

—A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas, aprovechan la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y en tales casos al rayar el dia, callan y se apaciguan los vientos y se van á donde hueyen las nieblas. Pero por lo co- mún, es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es preciso que se cumpla su voluntad por entero.

—Mas tú no debes olvidar que tu vida corre tanto riesgo como la mia.

—Si, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es Omnipotente y salva ó castiga á los que quiere salvar ó castigar. El fué el que dijo al apóstol que an- duviese por las olas, y el apóstol ca- minó como por la tierra: ese mismo prisionero que llevais tan agarrotado

está mas seguro de su salvacion si está en gracia del Señor, que cualquier hombre libre maldito por el cielo. Rema un poco Frantz, rema un poco, para que podamos presentar la proa al viento; porque segun veo aun no estamos libres. Ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, levantábanse olas mas grandes y espumosas que las primeras, y aunque la barca huía el cuerpo al viento que venia detras de ellas, hizo saltar sin embargo, lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen correr por la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler comprendiendo ya el riesgo que corría.

—Si, sí, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces por ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que vienen del San Gotardo, y siguen el curso de Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de pocos minutos chocarán uno contra otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios piense en nosotros, ó que nosotros pensemos en Dios.

Poco tardó en cumplirse la profecía del piloto, y los dos vientos se encontraron; lanzó un relámpago, y el estampido del trueno dió la señal del combate. Tampoco tardó el lago en tomar parte en la revuelta de los elementos; sus olas impelidas y repelidas por vientos contrarios se hincharon como si las hiciese hervir un volcán submarino, y llevaban la barquilla como si no pesase mas que un copo de espuma de los que ellas hacían.

—Estamos perdidos, gritó el piloto: los que no están ocupados en la manobra, que se encomienden á Dios. Diciendo esto, rompióse en el barquichuelo una ola furiosa que le cubrió y dejó un palmo de agua en él.

—Agua fuera, señores arqueros, gritó el piloto, pronto, pronto, que

otra ola nos hará ir á fondo. Aunque la muerte es segura, bueno es que luchemos contra ella.

—¡Ah! ¡no veis ningún medio para salvarnos! ¡no te queda ya esperanzaf dijo Guessler.

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que todo el poder del hombre.

—¿Cómo tomaste sobre tí semejante responsabilidad, no sabes mejor tu oficio, gran picaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, hace cuarenta años que lo ejerzo, y aesso no hay en toda Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces ¿por qué diablos no está aquí para ocupar tu lugar? . . .

—Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza.

—Mandad que desaten á ese prisionero, pues si un hombre puede salvarnos la vida en este trance, sin duda alguna es él.

Guessler hizo un gesto de consentimiento, y una ligera sonrisa de triunfo pasó por los labios de Guillermo.

—¿Has oído? le dijo el viejo marinero, en tanto que con un cuchillo le cortaba las ataduras.

Guillermo manifestó que sí, alargó los brazos como quien recobra la libertad, y fué á sentarse junto al timon donde estaba el piloto, que dispuesto á obedecer, se reunió á los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Sí, ¡pero de que nos puede servir ahora?

—Si la tienes, sácala para izarla en seguida.

—Rudenz le miró con la mayor estrañeza.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo volviéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon, y sorprendida la barca por aquella manio-

bra, vaciló un momento, y luego como un caballo que reconoce la maestría de su jinete, dió una rápida vuelta. Remad, gritó Guillermo á los marineros; y encorbándose éstos sobre los remos, hicieron seguir al barco la direccion tomada, á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo, y le obedece.

—Es decir, que ya estamos salvos, exclamó Guessler.

—¡Jun! ¡jun! respondió Rudenz fijando los ojos en los de Tell, todavía no, pero á lo menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire, que si llegamos á cogérlea nos pondrá á la otra parte en diez minutos. Has acertado; porque sería la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago, sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo señalaba, en donde un valle separaba dos montes, saliendo por la calzada una corriente de aire que soplabá con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquella senda líquida el barco, y volviendo la popa al viento, paráronse los remos, y los marineros se dispusieron á izar. Desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á virar con rapidez hácia la base del Axenberg.

Al cabo de dos minutos, así como habia anunciado Rudenz y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su atónita admiración, ya tocaban la orilla del lago. Entonces Tell mandó arriar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, puso la mano izquierda en la balista, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó en seguida como un gamo sobre una roca que salía á flor de agua, mientras

que cediendo la barca al impulso que le habia dado su salto, se volvía hácia atrás. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya habia desaparecido en el bosque.

Pasada la sorpresa que habia causado la huida de Guillermo, el balleo mandó desembarcar y fué cosa fácil de hacer, pues con la ayuda de los remos llegaron pronto á la orilla, salió á tierra un marinero, y amarrando una cadena, se verificó el desembarco sin desgracia alguna, á pesar de las olas aún embravacidas.

Después fué enviado un soldado á Altorf con orden de mandar caballos y gente á Brunnen, en donde Guessler pensaba detenerse.

Así que estuvo en el pueblo el gobernador, mandó pregonar á son de trompeta, que se darían cincuenta marcos de plata al que entregase á Guillermo, quedando libre de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generación; recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

(Continuará.)

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

La vida política de Luis Felipe no pertenece á la civilizaci6n; pero su vida de aventuras y de viages, presenta episodios que pueden entrar en nuestro cuadro episódico y literario. Sus viages particularmente presentan la ocasi6n de revelar una de las lecciones mas curiosas y menos conocidas de este siglo: la de la sabia finlandesa, la *Hija del Troll*.

Luis Felipe nació en Paris el 6 de Octubre de 1773; era hijo del duque de Orleans, á quien la primera república dió el nombre de *Igualdad*, sin

duda para cortarle mejor la cabeza. El niño tuvo por padrinos á Luis XVI y María Antonieta. Su primer preceptor fué el poeta Bonnar, por recomendacion de Buffon; pero cedió bien pronto el puesto á Mad. de Genlis, omnipotente entonces en la casa de Orleans. Aquella muger hábil tenia un defecto inmenso; carecia de sensibilidad y energia. No podia, pues, hacer una critica mas sangrienta de su discípulo, que diciendo que le formaba á su semejanza. Bien sabido es el papel que Pálpe Igualdad representó en la revolucion. Pagó con su muerte la de Luis XVI votada por él. ¡Plegue á Dios que esta expiacion haya dejado satisfecha su justicia!... Su hijo primogénito, duque de Chartes, participó al principio de las ilusiones paternales. Siguió el club de los jacobinos, y prestó el juramento cívico en San Roque. Lo mejor que hizo entonces fué salvar en Vendôme á un hombre que se ahogaba. Por esta accion recibió una corona de que envió algunas hojas á madame Genlis. Nominado por Dumouriez mariscal de campo, con su hermano Mompensier por ayudante, combatió por la Francia contra la Europa en Quierrain, Jemmapes, Valmy, Maestricht y Nerwinda. Al cantar estos hechos de armas en todos los tonos, se ha olvidado que concluyeron por la fuga del jóven mariscal al campamento austriaco en compania de Dumouriez. Aquí es donde comienza para Luis Felipe, duque de Orleans por muerte de su padre, una vida realmente maravillosa, de valor, de sufrimiento y de habilidad. Los novelistas no inventarian un prólogo mas dramático para las grandezas que aguardaban al príncipe en su edad madura. Solo, proscripto, sin dinero, sin apoyo y sin recursos, comenzó á correr el mundo. Para poder subsistir se hizo profesor en un colegio en Reichman, y allí se distinguió por esa facilidad de abstraccion que no le abandonó jamas. Es pulsado por el esplendor de su nom-

bre de un refugio todavia demasiado elevado, anduvo errante, de destierro en destierro, por la Suiza, Alemania, Dinamarca, la Noruega y la Finlandia. En este último país le esperaba la asombrosa y profética aventura que vamos á referir.

LA NIJA DE TROLL.

Era á fines de Marzo de 1795. Los últimos dias del invierno concluian con un rigor inusitado. El cielo estaba nublado y borrasco, el frio era muy intenso, y un viento glacial soplabá con furia por entre los abetos despojados de sus hojas; todo en la naturaleza se presentaba lígubre y amenazador, y hombres y animales huian azorados hácia sus moradas subterráneas.

De repente, viéronse aparecer en la llanura de Karesuando, tres trineos que parecian dirigirse á la ventura, porque la nieve habia cubierto enteramente los caminos y borrado hasta los vestigios de toda habitacion humana. Los caballos se caian rendidos de cansancio, y sus conductores procuraban en vano reanimarlos con sus enronquecidas voces y el chasquido de los látigos.

—Maldito país, monseñor, estamos perdidos. . . refunfuñaba uno de los personajes que iban en el segundo trineo.

—Calla, Francisco, le contestó el que habia llamado monseñor, infórmate mas bien de si hay alguna habitacion por estas inmediaciones en que podamos refugiarnos.

El cochero interpelado se caló el gorro hasta las orejas inclinándole un poco hácia la izquierda, se limpió la nariz con la manga segun costumbre, tomó su caballo del bocado, y despues de todos estos preparativos, contestó con el tono de una perfecta tranquilidad:

—No, no hay en estas inmediaciones ninguna habitacion en donde poder refugiarse.

Esta triste noticia difundió la consternacion entre los viajeros. ¡Nos hallamos perdidos! ¡estamos perdidos! exclamaron todos con el acento de la desesperacion.

Mas he aquí que aparece á lo lejos un espectro cuyos ojos brillan como dos ascuas, y cuya velluda mano hace señas á los extranjeros para que se dirijan hácia aquel lado. Sin duda era uno de aquellos enanos tan famosos en las sagas del Norte que atraian á sus cavernas á los viajeros estraviados para sacrificarlos á las sombras potestades.

—¡Francisco! . . . dijo el mas jóven arrojándose de su trineo: ya ves que allá bajo nos hacen señas con la mano, es preciso ir.

—Por Dios, monseñor, no deis un paso mas! este es el fin del mundo: esa seña que nos llama, es la seña del diablo, la seña del infierno.

El jóven se detuvo: el sitio efectivamente era de un aspecto lígubre y hacia vacilar para pasar mas adelante.

Sin embargo, cobró brío y dió así algunos pasos. El espectro se puso derecho delante de él, y despues, hundíendose de repente en la nieve, dejó ver á los viajeros una habitacion subterránea. Aquello no era enteramente nuevo para ellos: ya habian encontrado en Tornua y Munioniska aquellas profundas cuevas, cuya puerta era tan baja, que para entrar habia que ponerse á gatas. Pero la que entonces se presentaba á su vista, se asemejaba mas bien á la madriguera de un oso, que á un refugio humano.

—¿Qué partido tomaré? . . . Y si fue-se una caverna de bandidos que me han atraído á ella para asesinarme.

Así pensaba el jóven viajero, y ya se preparaba á llamar á los demas compañeros, cuando desde el fondo de la cueva, una voz de muger dulce y pura pronunció de repente estas palabras:

—Ciudadano, Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Mr. Francisco Esteban Colin Gui-

llemot, ayuda de cámara de S. A. R. el duque de Orleans, se arrojó en la nieve, y abrazando las piernas de su amo:—¡Ah! monseñor, todavia no me habeis reprendido bastante, dijo, para no creer ni en Dios ni en el diablo; ahora lo veo, es preciso venir á este mundo de los espiritus para conocer bien lo que son. No es el demonio el que acaba de pronunciar vuestro nombre. . .

El príncipe se inclinaba hácia la caverna, como para escuchar la voz que habia resonado en sus oidos.

La misma voz volvió á repetir:

—Monseñor, duque Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Esta segunda invitacion hizo dar un salto á los dos viajeros.

—Pues bien, entremos, dijo el príncipe; es necesario que yo sepa qué boca es esa que habla con tanta pureza nuestra lengua, en este país desconocido: es necesario que vea á esa muger que parece tan familiarizada con los títulos de mi casa.

Y el duque de Orleans, seguido de Francisco, se deslizó por la subterránea caverna, la cual no tenia mas que cinco pies de alto y cerca de doce cuadrados. El pavimento le formaba una enorme piedra de granito, uno de sus extremos servia de hogar, y en él ardía un tronco de pino. Revocado el humo por el viento que soplabá de la parte exterior, formaba como una nube tempestuosa, y llenaba la cueva de un vapor mezclado de llamas y de chipas. Algunas veces parecia un respirador del infierno: dos camas, un banco, una silla y una mesa, componian todo el mueblage, que estaba muy limpio.

El duque no tenia mas anhelo que buscar con la vista al ser misterioso cuya voz y palabras le habian causado tanta impresion; pero no descubrió por entonces mas que al espectro que con la mano le habia indicado el camino. Era un anciano de unos setenta á ochenta años, de mezuquina apariencia, corta estatura, pero cuya ins-

pirada mirada, revelaba uno de los grandes trolls del Norte. Francisco le tomó por el diablo. A sus piés jugueteaban con fraternal concordia un gato y un oso.

Por única respuesta á las preguntas del duque, el anciano menéo la cabeza, pronunció algunas palabras que nadie comprendió, y saltó de la caverna.

—Tuiska, mi padre, no es mas que un pobre habitante de Karesuando: ruega humildamente á S. A. R. monseñor duque de Orleans, que tome posesion de esta choza, dijo entonces la dulce voz que tan graciosamente habia invitado á los extranjeros á buscar allí un asilo.

El duque se volvió con presteza hácia el lado de donde salia la voz, y se quedó sumamente sorprendido al descubrir con la claridad de la llama en una especie de alcoba, una jóven blanca y pura, como jamas se le habia presentado en los suntuosos salones de las Tullerías, ó en las frescas alamedas de Versailles. Vestia un traje de lana de Finlandia con listos azules y encarnadas; sus cabellos castaños caian sobre sus hombros formando sedosos rizos, sus azules ojos eran muy brillantes, y en toda su persona habia un encanto de juventud indefinible.

El príncipe la saludó con el mismo respeto que lo hubiera hecho á una princesa de la sangre.

—Monseñor, prosiguió ella siempre en francés: os aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche á las ocho y tres cuartos mi padre me dijo: voy á buscar á ese ilustre extranjero, porque el timon de su trineo se ha roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me dicta lo que su Italia le inspira.

—Vuestro padre es en efecto un hombre bien extraordinario; pero lo que todavia me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska, —Monseñor, prosiguió ella siempre en francés: os aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche á las ocho y tres cuartos mi padre me dijo: voy á buscar á ese ilustre extranjero, porque el timon de su trineo se ha roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me dicta lo que su Italia le inspira.

—Vuestro padre es en efecto un hombre bien extraordinario; pero lo que todavia me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska,

—Mi presentimiento me lo decia. Tan hermosa flor no podia haber nacido en este horrible desierto.

—Príncipe, no insulteis al desierto; las montañas solitarias y los silenciosos bosques tienen tambien sus encantos. ¿Sabéis que durante tres meses del año, podemos leer por la noche sin luz artificial. . . . Entonces no se oculta el sol en el seno de la tierra; la toca ligeramente como si la diera un ósculo amoroso, y se eleva radiante sobre el horizonte. No cambiaríamos las auroras boreales de nuestros inviernos por vuestras pesadas nieblas de Diciembre. Conozco tambien vuestra Francia, monseñor, porque lo fué mia en otro tiempo.

—Jóven extraordinaria, decidme, ¿quién sois? . . .

—¿Y qué podé interesaros eso?

—Os lo suplico.

—Mi padre es el judío errante; ya ha pasado dos mil años, pero yo no he cumplido todavia tres siglos.

El duque miraba con atencion á la jóven.

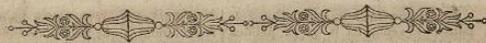
—Está en su juicio! . . . decia para sí mismo. Pero acercándose á el Guilemot, le dijo: escuchad, príncipe mió; creo que obraríamos cuerdamente retirandonos cuanto antes de esta diabólica guarida.

—Te chancasas. . . he ahí á nuestro patron que trae á nuestros compañeros.

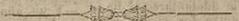
En efecto, el anciano Tuiska entró en la caverna següido del conde de Montijo y de los otros dos viajeros que acompañaban al duque de Orleans.

Buenas tardes, querido conde, dijo el príncipe; me parece que no esperaba encontraros cerca de una buena lumbre, conversando con una hechicera, con una hada, que habla el francés mejor que nosotros.

Mientras que el conde Montijo referia sus aventuras, Toine sirvió la cena, que consistia en un pedazo de reo no ahumado, un pescueto seco, y leche cocida. (Continuará.)



VARIEDADES.



GUILLEMO TELL.

El medio dia llegaron los caballos, y Guessler sediento de venganza partió en següida hácia Art, donde queria tambien tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Seltwa. A las tres salia ya de este pueblo, y siguiendo las orillas del lago de Zoug, llegó á Iumensa, que atravesó sin detenerse ni un instante para seguir el camino de Kussnach. Estos sucesos que acabamos de referir ocurrieron un dia frío y nebuloso del mes de Noviembre (el 19), y ya llegaba á su fin, cuando Guessler ansioso de llegar por la noche á la fortaleza, espoleaba su caballo, que aceleraba mas y mas su paso por el sinuoso camino de Kussnach. Por un momento detuvo un poco la marcha, llamó á su escudero que le seguia detras, pero un poco mas adelante que los soldados, y así andurrieron un buen trecho sin decir nada, hasta que volviéndose Guessler hácia él le miró como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y le dijo: —Niklaus, que eres bien afecto y fiel.

El escudero se estremeció.

—Respondeme! continuó Guessler, ¿qué es esto?

—Perdonad, monseñor; pero esperaba tan poco esa pregunta. . . .

—Qué, no sabes que respuesta dar; ¿no es verdad? Bueno, pues, toma tiempo y reflexiona, porque quiero una respuesta bien meditada.

—No; os la haré esperar, monseñor: salvos mis deberes con Dios y ¡el emperador, estoy pronto á cumplir lo que gustéis mandarme.

—¿Estás pronto?

—Sí, monseñor. Esta noche irás á Altorf; tomarás cuatro hombres, con los cuales debes ir á Burglen, y hasta llegar allí no les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Prender á la muger de Guillermo y á sus cuatro hijos, y así que estés en tu poder, envíalos á la fortaleza de Kussnac, en donde estaré yo ya. Una vez prestos alif. . . .

—Ya entiendo, monseñor. —Fuera será que Tell se presente por sí mismo, porque cada semana de retardo costará la vida á uno de sus hijos, y la última la de su muger.

Aun no habia acabado Guessler de pronunciar la última palabra, cuando arrojando un alarido, saltando las bridas, y alargando los brazos, se cayó del caballo; el escudero echó pié á tierra para socorrerle; pero en vano, pues tenia el corazón pasado con una flecha.

Era la que Guillermo se había ocultado en el seno, en la plaza pública de Altorf, cuando hubo de tirar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes de la siguiente semana, juntáronse en el Grull los conjurados, porque la muerte de Guesler requería una reunión extraordinaria. Algunos de ellos opinaron que debía adelantarse el día de la libertad, entre los cuales se contaban Mechtal y Conrado de Baumgarten. Sin embargo, Walter Furtz, y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que el caballero de Landenberg estaría sin duda prevenido, y precipitando la empresa se haría mucho mas azarosa, mientras que permaneciendo el pais tranquilo á pesar de la muerte de Guesler, se atribuiría la desventura de éste á alguna venganza particular, y nadie se ocuparía mas que en buscar el homicida.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? exclamó Conrado, ¿que hará su familia? Guillermo me salvó la vida, y jamas se dirá que lo abandonó. . . .

—Guillermo y su familia no corren riesgo alguno, dijo uno de los conjurados.

—En tal caso no tengo nada que decir. . . respondió Conrado.

Ahora continuemos nuestro plan. Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa. . . .

—¿Qué cosa es? preguntaron los ancianos.

—Que yo me encargo de sorprender y tomar el castillo de Rossherb.

—¿Y cuántos hombres necesitáis?

—Cuarenta.

—Olvidas que ese castillo es uno de los mas fortificados de la conarca.

—Tengo medios para tomarlo.

—¿Cuáles son?

—No puedo decirlos.

—¿Estás seguro de hallar los cuarenta hombres que necesitas?

—Si lo estoy.

—Entonces bien, admitimos tus ofrecimientos. Dicho esto Zagheli, volvió á confundirse con sus compañeros.

—Si se tiene confianza en mí, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime satisfacción, y todos los conjurados prometieron que durante las cinco semanas que debían pasar todavía, reclutarían soldados entre sus amigos mas decididos, y antes de separarse adoptaron las banderas, bajo las cuales debían combatir. Uri escogió para la suya, una cabeza de toro con anillo roto, en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz, en memoria de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honor y gloria de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habían previsto los viejos conjurados, la muerte de Guesler fué considerada como fruto de una venganza particular.

Viendo la inutilidad de las pesquisas, fué calmado el furor de los enemigos de Guillermo, y todo quedó en tranquilidad en los tres cantones hasta el día en que debía estallar la revolución.

El 31 de Diciembre, el gobernador del castillo de Rossherb recorrió por sí mismo segun tenia de costumbre las guardias, colocó los centinelas, dió el sento y seña, y mandó tocar á la queda. A poco pareció que el castillo se dormía tambien como la gente que en él habia, desaparecieron las luces de una en una, fué disminuyendo todo ruido, y únicamente los centinelas colocados en los adarbes de las torres, interrumpían aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los

gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquel aparente silencio, abrióse con precaucion una ventanita que daba á los fosos de la ventana, y asomó la tímida cabeza de una jóven de diez y ocho años, que procuraba divisar alguna cosa en los fosos, y no viendo sin duda lo que buscaba, salió de sus labios el nombre de Zagheli. Pero fué pronunciado tan despacio, que cualquiera lo hubiese podido equivocar con un suspiro de la brisa, ó con un murmullo de algun arroyuelo. Sin embargo, no falló quien lo oyera, y una voz mas fuerte y atrevida, respondió con otro nombre, que fué el de Anneli.

La jóven se mantuvo inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos, y la nueva voz repitió Anneli otra vez.

—Si, sí, murmuró ella inclinándose hacia el lugar desde donde parecía hablarle el espíritu de la noche, sí, amor mio. . . pero perdóname. . . tengo tanto miedo. . . .

—Y de qué lo puedes tener? Todo duerme en el castillo, excepto los centinelas que están en el alto de las torres. . . yo no puedo verte y apenas te oigo; ¿cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y nos vean?

La jóven no respondió pero dejó caer alguna cosa. Era una cuerda, á cuyo cabo ató Zagheli una escala, que tan pronto como un barron de la ventanita. Un instante despues entraba el jóven en el cuarto, y como Anneli quisiese retirar la escala de cuerda, la dijo su amante:

—Espera, amada mia, espera un poco, porque todavía necesito esa escalera; sobre todo, no te espantes de lo que vas á ver; porque tu mas ligera espresion, tu menor grito, sería mi muerte.

—¿Pero qué sucede? . . . en nombre del cielo. . . ¿Aid estamos perdidos! . . . mira. . . y le enseñaba á un hombre que subía por la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos per-

didos; los que suben son amigos míos.

—¿Pero tú me deshonras! exclamó la jóven, ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, esos serán los testigos del juramento que voy á hacerte, de que seré tu esposo así que la patria esté libre.

La atónita doncella se echó en brazos de su amante, mientras subieron uno tras otro veinte jóvenes; en seguida Zagheli retiró la escalera, cerró la ventana y distribuyó á su gente por el interior del castillo. La guarnicion estaba durmiendo, no opuso resistencia alguna; los conjurados encerraron á los alemanes en la misma cárcel del castillo, vistieronse sus mismos trages, y siguió flotando la bandera de Alberto, en las almenas de la fortaleza, que el día siguiente abrió las puertas á la hora de costumbre.

A medio día, el centinela de la torre mas alta, vió llegar á escape algunos caballos. Entonces se pusieron á la puerta dos conjurados, y los otros se alinearon en el patio; á poco rato pasó el caballero de Landenberg por el puente levadizo, que volvió á levantarse en seguida; y aquel quedó preso lo mismo que la guarnicion.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres que pidió, veinte escalaron el castillo, y los otros veinte tomaron el camino de Sarnen.

En el instante que el señor de Landenberg salía del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentáronse aquellos veinte hombres ofreciéndole regalos de costumbre, corderos, cabras y gallinas. El gobernador les hizo entrar en el castillo, y presigió su camino; pero así que aquellos estuvieron dentro, sacaron chuzos que llevaban escondidos, caláronlos en las puntas de sus palos, y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos subió á la plataforma, é hizo oír por tres veces el prolongado sonido de la trompeta montañesa. Esta era la se-

nal convenida, y empezaron á oirse por las calles los gritos y el estrépito de la sublevacion. Acudióse en seguida á la iglesia para apoderarse del caballero de Landenberg; pero prevenido á tiempo, tirólo para montar á caballo y escaparse hácia la fortaleza de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

En lo restante del dia, se uvieron con el bailio imperial, las mayores consideraciones, y se le guardó el mas alto respeto. Por la noche quiso subir á la plataforma del castillo para tomar el aire, y Zagheli le acompañó. Descubriáse desde allí, todo el pais, que el dia anterior estaba sometido á su jurisdiccion, y apartando la vista de la bandera en que las llaves de Unterwald habian reemplazado al águila de Austria, fijóla hácia Sarnen, y quedóse inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil estaba tambien Zagheli, en otro ángulo del parapeto, fijos los ojos en otra parte; pero de aquellos dos hombres, el uno esperaba socorro en la tiranía, y el otro refuerzo para la libertad.

Momentos despues, brilló una llamada en la cumbre del Areuberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué significa esa llama? preguntó el preso.
—Es una señal.
—¿De qué?
—De que Walter, Furts y Guillermo Tell, han tomado el castillo de Urjoch.

Los gritos de alegría que resonaron en seguida por toda la fortaleza, confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—¿Es decir que los Alpes se han convertido en volcanes? exclamó el bailio viendo que Righi se inflamaba tambien.

—Si, sí, respondió Zagheli saltando de gozo, tambien el Righi enarboló la bandera de libertad.

—¿Cómo! ¿qué es esa otra señal?
—Sí, Werner Stauffacher y Mechta se han apoderado del castillo de

Schwanau. Volveos ahora hácia esa otra parte, señor de Landenberg.

Este lanzó un grito de sorpresa viendo que el Pilatos se coronaba á su vez con una diadema de fuego.

—Esto, continuó Zagheli, anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no les van en zaga, y que han tomado ya el castillo de Rossberg, y hecho prisionero á su dueño.

De nuevo volvieron á resonar por la fortaleza mayores aclamaciones de alegría.

—¿Y qué pensais hacer de mí preguntó el bailio dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pensamos haceros jurar que jamas volveréis á entrar en las jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que nunca hareis armas contra los confederados, que de ningún modo escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayas jurado todo esto, seréis libre de ir á donde os plazca.

La fortuna socorrió á los confederados. El 1.º de Enero de 1308, empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, aun antes de que llegase á oidos del emperador la noticia de la insurreccion, supo ya la derrota de su ejército en Hurringen. En consecuencia, marchó él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á sujetar á los rebeldes; mas el 1.º de Marzo fué traicioneramente asesinado á orillas del Reusa por su sobrino Juan de Suevia, á quien habia rehusado entregar la herencia de sus padres. Alberto mal herido quedó abandonado revolcándose en su sangre, y una pobre muger que á la sazón pasaba por allí, fué á socorrerlo, y el gefe del imperio murió entre los brazos de una mendiga que le enjugaba la sangre con harapos.

El duque Leopoldo de Austria, hijo de Alberto, marchó contra Schwitz con gruesas fuerzas, llevando consigo

cargas de cnerdas para ahorcar á los rebeldes.

Estos se reunieron en número de 1300, y el 15 de Noviembre en la vertiente de la montaña del Sattel lo derrotaron completamente. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de unos pobres pastores y miserables villanos, y sirvió para abonar aquella noble tierra de libertad.

La batalla tomó el espresivo nombre Morgonstern porque empezó á la luz de la estrella de la mañana.

Así se hicieron célebres los naturales de Schwitz, y desde entonces llamáronse suizos los confederados por la palabra «Sihwicer», que significa natural de Schwitz. Esta villa, Uri y Unterwalden fueron el centro á cuyo derredor se agruparon poco á poco los demas cantones, que por el tratado de 1815, llegaron á veintidos.

En cuanto á Guillermo Tell, que aunque involuntariamente tomó una parte tan activa en aquella revolucion, despues de hallarle otra vez en el campo de batalla de Lampen, en donde combatió como simple ballestero con 700 hombres de los pequeños cantones, de nuevo se le pierde de vista, para no hallarlo ya hasta la hora de su muerte, que acaeció en la primavera de 1345. Al derretirse las nieves del invierno, creció mucho el Sebachen, y se llevó una pequeña casa. Entre otras cosas vió Guillermo flotar una cuna, y oyó los gritos de un niño: arrojóse al agua, en seguida alcanzó la cuna y llevóla á la orilla, pero cuando él iba á salir perdió el sentido al choque de un madero y hundióse. Hay hombres elegidos, cuya muerte corona su vida.

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

(CONTINUA.)

—Hermosa Toini, dijo el duque al

fin de la comida, según vuestra propia historia, no hay nada en el mundo que pueda interesar tanto como ver á vuestro padre en éxtasis. Cuando se encuentre en este estado, sin duda debe leer en lo pasado y en el porvenir, y sobre ambos puntos tengo que pedirle datos y aclaraciones.

—Voy á practicarle vuestros deseos, dijo Toini, pero no os prometo que os satisfaga.

—¿Podría decidir esto á vuestro padre? dijo el conde de Montjoie sacando un bolsillo.

—Guardad vuestro oro, señor conde; mi padre para nada lo necesita. Entablése un largo coloquio entre el padre y la hija: el anciano Tuiska parecia que resistia tenazmente á sus instancias, pero por fin Toini le convenció.

Entonces, el troll avanzó magestuosamente hácia el centro de la habitacion, y con ademas solemne hizo seña á los estrangeros para que se sentasen en el banco á lo largo de la pared.

—Monsieur, dijo Toini, mi padre exige desde luego que os despojeis de cuanto hierro y acero lleveis.

—¿Muerte de mi vida!... ¿quitarnos nuestras armas? exclamó Guillemont asustado.

—Necio cobarde, replicó el duque, ¿qué tenemos que temer de esta jóven y de este anciano raquítico?... Vamos, ejecutadlo, y vos tambien, señor conde.

El anciano tomó los objetos de los viajeros, y los guardó debajo del pavimento: despues comenzó sus invocaciones; pero de repente pareció inquietarse.

—¿Señor conde, llevais todavía acero? le preguntó Toini.

El conde, un poco confuso, sacó del pecho un puñal que llevaba siempre oculto.

—Ese caballero tampoco ha entregado todo su acero.

—¿Yo? dijo Guillemont.

—Sí, respondió secamente Toini.

Efectivamente, habia conservado un saca-tapon.

Cuando el troll hizo desaparecer de este modo todos los obstáculos, se lanzó á carrera aligera por las vías de la inspiracion, y la jóvenc traducía fielmente las palabras sublimes que salian de su alima.

—Mi espíritu me trasporta, gritaba; mi deseo se eleva en mi pensamiento, quiero comenzar rimas, quiero cantar.

—Hombre sabio, dijo entonces el duque de Orleans; tengo una madre, y esta madre se llama la Francia; está enferma; pérdidas tóxicas conspiran contra su vida. Decidme, ¿pued será su destino?...

Y el anciano Toiska, cuyas palabras habian respirado hasta entonces calma y melancolia, se exaltó de repente. Su atencion llegó á ser punzante é impetuosa, su gesto convulsivo, y sus ojos despedían un brillo salvaje. Todo su ser se transformó, y era evidente que se habia apoderado de él el espíritu del *Uctaja*. Así es que los franceses, que en un principio le habian escuchado con una sonrisa de incredulidad, no podían menos de concebir ya cierto temor religioso. Por su parte, la hermosa Toini, que se hallaba en relaciones mas inmediatas con el troll, iba adquiriendo gradualmente su mismo entusiasmo; estaba anhelosa, descompuesto el caballo, y se habiera creído que era una de aquellas sibilas, cuyos frenéticos trasportes refieren los sagas del Mediodia.

—Tu madre está enferma, repuso el hechicero. ¡Cuán grande es tu audacia, ó enfermedad, pues te has atrevido á atacarla!

—Oh Ukk, tú que te apoyas en el eje del mundo, tú que habitas sobre las nubes, que producen el trueno y lanzan el rayo, trae aquí tu espada de fuego, para herir al ermel que me atormenta, para arrojar lejos de mí y para siempre á mi enemigo.

—¡Oh bosque! ven con tu sober-

bios animales, ven con todo tu pueblo. Perkele, ven con toda tu casa. Lago, ven con los hijos de tu raza. Que cien guerreros se levanten con sus espadas, que mil héroes corran á defender el débil, al desgraciado!

—Pero si esto no es todavía bastante, ¿qué otro poder invocará? Hay en el mundo hombres, hijos de los antiguos siglos, hombres eternos... Salid de la tierra, ¡oh madre de la tierra!... Salid del campo, Señor eterno, levantaos todos los que llevais espadas, todos los que montais fogosos corceles, venid á destruir el mal que me oprime y me aniquila, venid á triunfar de mis dolores!

A medida que Toiska iba aumentando sus fervorosas invocaciones, su voz era mas impetuosa, y sus gestos mas frecuentes y violentos; golpeaba el suelo con los pies, y daba palmadas con las manos; erizábanse los cabellos en su cabeza, y arrojaba espuma por la boca.

—Diviso á lo lejos, continuó con una voz profunda pero interrumpida, diviso una tierra cubierta de verdor y radiante de hermosura (la Francia). Espesos bosques, montañas elevadas, llanuras con ricos frutos, ¡Qué ciudades tan magníficas se elevan por todas partes! Pero ay! los rios que las bañan están enrojecidos con la sangre, y los mansantiales tambien brotan sangre (el terror).—Un humo negro y espeso envuelve las deliciosas quintas y los palacios.—Los hombres van armados con hachas y cuchillos... ¿Cuál es ese grupo siniestro que va avanzando?... Los ejércitos pelean, y el caballo de la muerte galopa de fila en fila (la guerra europea).—¡Horror! ¡horror!—Pero diviso un joven con su frente resplandeciente como las estrellas.—Se lanza al combate, derriba y pone á los pies de su caballo á la multitud envidiosa de su gloria. —Y hele ahí sobre un trono (Napoleón).—Eso es hermoso, es divino... —La multitud todavía refundina. Las piedras de la diadema se rompen, y

la serpiente que allí estaba oculta, va á morder en el corazon al héroe que la lleva.—El fuego devora la tierra.

—El Norte se desquicia (la invasion).—Buitres espantosos persiguen al águila vencedora hasta su palacio de nido, como se estingue un globo de fuego en medio de una tempestad.—Y la tierra vuelve á reobrar su verdor, y las hojas se despojan de su capa de sangre, para tomar su antiguo adorno; pero se encuentran llenas de las plumas del águila que ha caído (la restauracion).—Plumas maravillosas... hombres nuevos se apoderan de ellas, y escriben una historia, una historia eterna.—Y sin embargo, la mar embravecida no ha aplacado todavía sus borrascas.—Caen un trono, y un anciano se ve precisado á emprender la fuga (la revolucion de Julio).—Un joven príncipe, que veo allí, enfrente de mí, se adelanta en las alas del destino, como el genio de la paz del mundo.—El es el que volverá á poner en manos de los héroes las plumas de la grande águila, para que puedan continuar la interrumpida historia. Mas he aquí que la tormenta vuelve á comenzar (la revolucion de Febrero). las nubes derraman sangre.—El niño levanta sus inocentes brazos desde lo alto del trono, y el cielo se halla oscurecido por las negras alas de una inmensa multitud de cuervos.

(1) ¿Qué quiere decir esa señal? Pero yo aquí, con ese loco traje, y en estos sitios tan agrestes!... ¡Destino, cuán crueles son tus juegos!... —Menos crueles aún que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta: era hermosa. Vos debéis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa expresion indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre concibió una ciega pasion por mi madre, que tuvo la debilidad de amarle á su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acu-

mos todavía á los ilustres visgeros en Karesuando.

—No me extraña, decia Guillemont para sí, que monseñor se halle aquí contento. ¡Qué mala estrella ha colocado en nuestro camino á esa asombrosa sirena?... Yo mismo estoy entorpecido hechizado.

Sin embargo, los visgeros encontraron en las inmediaciones una habitacion mas cómoda que la caverna del troll; pero Guillemont tenia razon; el duque visitaba con mucha frecuencia aquella cueva, y le veían tambien pasear á menudo con Toini por las montañas.

Una hermosa tarde de Abril andaban los dos por las orillas del Muonio, y el descendente de esa raza real, que reinó hace seis siglos en el pueblo mas caballeresco de la tierra, conversaba familiarmente con una pobre jóvenc de Finlandia, y la decia:

—Vos sois francesa, Toini, y ademas parisiense. Hace largo tiempo que lo he adivinado, por vuestro lenguaje y vuestra pronunciacian su-pura. Mas decidme, ¿en qué consiste que vuestros labios pronuncian con frecuencia el nombre de Antonieta?

—Era mi nombre. Me lo habian dado como á la reina, porque...

—Por qué?... ¡Oh! proseguid, os lo suplico; estoy impaciente por saber quién sois.

—Porque la reina era mi madrina... —Dios mío!... ¡qué cómo encuentro yo aquí, con ese loco traje, y en estos sitios tan agrestes!... ¡Destino, cuán crueles son tus juegos!...

—Menos crueles aún que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta: era hermosa. Vos debéis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa expresion indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre concibió una ciega pasion por mi madre, que tuvo la debilidad de amarle á su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acu-

(1) La saga cuya traduccion damos aquí, fué recogida en 1844 y 1845. Así es, que el pasaje que subrayamos, no ha podido incluirse en ella despues del suceso.

diendo á la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "Venganza."

(Continuará.)

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera á la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Recayó la conversación sobre la fidelidad de las mujeres, y á este propósito se dijeron unos cuantos disparates propios de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitán tan veterano en campañas de amor como de armas; no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me arverría á responder de la mas santa.—Pues yo si, replicó vivamente un alférez joven; hay en el mundo una mujer de quien yo respondo.—¿De tu querida? dijeron todos á la vez.—No, de mi hermana.—Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez joven tambien, y amigo fatino del primero: de tu hermana puede responderse por que es muy fea."

Esta broma produjo un desafio entre los dos amigos, sin que bastara á cortar la intervencion de los demas compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del dia siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo

trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y descolgando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

—Déjenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendolo que se van á romper la crisma, y esos que estamos de humor de dar limosna.—No es limosna lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi muger enferma; y como he oido que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el ataud. . . ."

Al oír estas palabras los dos que iban á batirse; y que ya estaban en guardia, soltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se abargaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una fruslería." Una hora mas tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equivocadas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenia en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, incluso los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refirió el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la peticion del carpintero habia sido una estratagemá de ellos con objeto de evitár que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habian tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleon. Lo que ignoramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debian el celo de sus testigos.



VARIEDADES.



VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Quando llegamos al Havre "Antonietta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viage, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Ulenborg.

—¿Y los billetes, los billetes? exclamó el duque de Orleans.

—¡Los billetes! . . . ¡gran Dios! para que hablar de ellos! Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el cementerio de Ulenborg. A mi, pobre y desvalida joven, me ha recogido el bondadoso Tuiska, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallon, principe mio, prosiguió Toimi; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi

mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazon no temeréis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

—Gracias, hija mia, este medallon quando no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme tambien ver las cartas.

—¿Por qué os ponéis pálido, principe mio? Ved ahí los billetes. . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madre. . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidez.

—¡Oh infierno! exclamó, ¿es la letra de mi madre! . . .

Al regresar de incógnito de Finlandia á Noruega, el principe proscri-to se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Cristiania, un cochero comenzó á gritar: el carruaje del duque de Orleans. El principe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decia aquello.

—Quando yo estaba en París, le conté el caso del cochero, sin conocerle, inmensa sala del teatro de la Opera sin oír gritar: el coche del duque de Orleans. Me he acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El principe respiró y prosiguió su camino.

Reconocido y amenazado en Stoccolmo, Luis Felipe pasó de la Germania á América (1796). Sus hermanos Montpensier y Beaujolais se unieron á él para rescatar la cabeza de su madre presa desde 1793, y los tres recorrieron juntos el Nuevo-Mundo. Washington los recibió con bondad en su posesión de Montvernion. En las regiones salvajes, el duque de Orleans salvó la vida á un anciano, sangrándole con oportunidad, lo que hizo que los yankees le mirasen como á un dios: la divinidad viajaba á pie, albergándose en las posadas mas modestas, pagando su hospedaje en las poblaciones ó su flete en las embarcaciones, con lecciones de dibujo, de ortografía, y de lenguas, acostándose por lo común sobre paja con los pies hacia la lumbré.

En Baisdstown, un poseadero, prevaleciéndose de la hora, rehusó abrir la puerta á los tres príncipes, por su esterior humilde (Luis Felipe estaba entonces bastante malo) y los dejó, para acudir á un espectáculo á que no queria faltar aun cuando llegase á su casa un rey, segun dijo. Cuando llegó á ser rey, treinta y cuatro años despues, Luis Felipe envió un hermoso reloj á Baisdstown, recordando aquella aventura al obispo Flager.

Habité en los wigwams de los indios senecas, y allí perdí á su perro Franz; volvió á buscarme por medio de mil peligros, vió la catarata de Niágara, siguió sus orillas con el equipage á la espalda, equipage menos pesado que la dignidad real, (como despues ha confesado): pasó catorce noches en los bosques, atormentado por los insectos, espuesuelto á ser devorado por los osos y las serpientes, caído hasta los huesos, y comiendo un poco de tocino salado, y pan de maíz (1). En Filadelfia le sorprendió la fiebre amarilla. Sin un cuidado para continuar su viage, se di-

(1) Carta del duque de Montpensier á la princesa Adelaida.

rigió al Oeste de la Union con algun dinero que le envió su madre: dió una gran caída en Carlsale y se sangró el mismo en un figon: los habitantes le suplicaron que ejerciese allí la medicina, se embarcó para la Habana en 1798 y volvió á Europa, cuando Bonaparte ponía coto á la revolucion.

Luis Felipe, conservó toda su vida en su memoria de un modo prodigioso hasta las menores circunstancias de sus lejanas correrías. Preguntéle últimamente un ingles en qué época habia salido de Hamburgo. "El 24 de Setiembre de 1796, le respondió sin vacilar, á bordo del *Americano*, capitán Ewingt. La travesía duró veinte y siete dias."

Bien conocido en su regreso á Francia, su conducta en tiempo de la restauracion, su elevacion al trono por una sublevacion, su caída por una causa igual, y su muerte en el destierro, semejante al rey á quien habia reemplazado. Estas grandes lecciones de la Providencia pertenecen á la politica, y bajo este concepto deben ser extrañas para nosotros.



EL HOMBRE EN SU CREACION.

En aquel memorable instante en que sentí por primera vez mi singular existencia, llenándome de alegría y de turbacion, yo no sabia lo que era, en donde estaba, ni de donde venia. Abri los ojos; qué sensacion tan prodigiosa! La luz, la bóveda celestrial, el verdor de la tierra, lo cristalino de las aguas, todo me llamaba la atencion, todo me animaba dándome un sentimiento inesplicable de placeres; y al principio creí que todos estos objetos no estaban fuera de mí, sino que formaban parte de mí mismo.

Ibame afirmando en este pensamiento, cuando volviendo la vista al astro de la luz su resplandor me deslumbró, y causándome un ligero dolor me hizo cerrar los ojos. En este momento de obscuridad creí que habia perdido todo mi ser.

Afígrado y pasuado de tan extraña mutacion, me ocupaba en pensar en ella, cuando de improviso llegaron á mí óidos diferentes sonidos. El canto de las aves, y el apacible ruido de los aires formaban un concierto cuya dulce impresion penetró hasta el fondo de mi alma. Estúvele escuchando largo tiempo, y bien pronto me persuadí á que esta armonia era yo mismo.

Absorto en esta nueva especie de existencia, apenas me acordaba ya de la luz, aquella otra parte de mí ser que era la primera que habia conocido; pero acaso volví á abrir los ojos: ¡cuánta fué mi alegría al hallarme otra vez poseedor de tantos objetos brillantes! mi placer sobrepujó al que habia sentido la vez primera, y succedió por algun tiempo al dulce efecto de los sonidos.

Fijé la vista en mil objetos diferentes, y bien pronto conocí que podia perderlos y recobrarlos, y que tenia la facultad de destruir, de reproducir á mi arbitrio esta bella parte de mí mismo, que aunque me pareció de un grandor inmenso por la cantidad de los accidentes de la luz, y por la variedad de los colores, creí que toda su contenia en una porción de mí ser. Ya empezaba á ver sin agitacion, y á oír sin turbacion, cuando un aire blando y fresco me causaron un aduio peñon, comunicándome una íntima ex... de amor á mí mismo.

Agitando... todas estas sensaciones, y estrechado... por los placeres de tan bella y grandios... existencia, me levanté con prontitud... en cuya accion me sentí trasportado p... coincida.

Di un paso, y la n... vedad de mí sí-

tuacion me dejó inmóvil: mi sorpresa fué imponderable, pues creí que se me escapaba mi existencia; y como mi movimiento me habia hecho confundir los objetos, imaginaba que todo se habia desordenado.

Teníente, pues, la cabeza, la frente, los ojos, y fui palpando todo mi cuerpo, y entonces me pareció que mi mano era el órgano principal de mi existencia: las sensaciones que percibia en esta parte eran tan distintas y tan completas, y el goce que me comunicaban tan perfecto respecto del placer que me habian causado la luz y los sonidos, que puse todo mi consato en gozar de los placeres que me proporcionaba esta parte sólida de mí ser, con lo que sentí que mis ideas tornaban profundidad y realidad.

Todo cuanto palpaba en mí parecia que daba á mi mano sensacion por sensacion, y cada tacto producía en mi alma una idea duplicada.

No tardé en echar de ver que esta facultad de sentir residía en todas las partes de mí ser: con lo que conocí bien pronto que era limitada mi existencia que al principio me habia parecido inmensa.

Miré con atencion mi cuerpo; térétele por un volumen enorme, y tan grande que cuantos objetos habia visto hasta entonces, me parecieron en comparacion suya unos puntos luminosos: examinéle por largo tiempo, mirándole con placer y siguiendo con la vista á la mano cuyos movimientos observaba. Oyéronseme sobre esto ideas bien extrañas; creia que el movimiento de mi mano era una especie de existencia fugitiva, una sucesion de cosas semejantes; acréquela á mis ojos, y me pareció mayor, que todo mi cuerpo, é hizo desaparecer de mi vista un infinito número de objetos.

Empecé con esto á sospechar que habia alguna ilusion en las sensaciones que recibia por los ojos; yo habia visto distintamente que mi mano no era mas que una pequeña parte de

mi cuerpo, y no podía comprender que en un instante se hubiese aumentado tanto que debiese parecerme de un grandor desmesurado; resolví pues, no fiarme de otro sentido que del tacto que no me había engañado hasta entonces, y mirar con precaución todos los demás modos de sentir y de ser.

Esta reserva me fué muy útil. Haciendo vuelto á echar á andar, yendo caminando con la cabeza levantada, y mirando al cielo, tropecé ligeramente en una palma; lleno de asombro puse la mano en este cuerpo extraño que juzgué tal, porque no me volvió sensación por sensación; retiréme de él con una especie de horror, y conocí por la primera vez que había alguna cosa fuera de mí.

Mas inquieto con este nuevo descubrimiento que lo había estado con ninguno de los anteriores, me costó trabajo afirmarme en él, y en fuerza de las reflexiones que hice sobre semejante acontecimiento, me persuadí á que debía juzgar de los objetos exteriores del mismo modo que lo había hecho de las partes de mi cuerpo, y que el tacto era el único sentido que podía asegurarme de su existencia.

Procuré, pues, tocar cuanto veía, y así quise tocar el sol, tiré á abrazar el horizonte; pero no encontré mas que el vacío de los aires.

A cada prueba que hacia, caía en una nueva sorpresa, porque pareciéndome que todos los objetos estaban igualmente cercanos á mí, á cada instante me veía burlado queriendo tocarlos. Así solo despues de haber hecho infinitas tentativas, fué cuando aprendí á servirme de mi vista para guiar mi mano; pero como ésta me daba ideas totalmente diferentes de las impresiones que recibía de aquella, mis sensaciones no eran acordes entre sí, los juicios que formaba acerca de ellas eran imperfectos, y el total de mí ser no era todavía para mí mismo mas que una existencia en confuso.

Había estado y estaba profundamente ocupado en pensar en mí, en

conocer lo que yo era; ó lo que podía ser; mas las contrariedades que acababa de experimentar me desalentaron: cuanto mas reflexionaba, mas dudas se me ofrecían; cansado de tanta incertidumbre, y fatigado de los movimientos de mi alma, sintiendo que mis piernas me sostenían débilmente, me senté, y me hallé así en una situación de reposo.

Este estado de tranquilidad comunicó nuevas fuerzas á mis sentidos. Yo estaba á la sombra de un hermoso árbol, del que pendían unos racimos de color bermejo que podía alcanzar sin trabajo; loqué ligeramente uno de ellos, é inmediatamente se separó de la rama, al modo que lo hace el higo cuando está maduro.

Con haber cogido este racimo me imaginaba haber hecho una conquista; me gloriaba de tener la facultad que sentía de poder contener en mi mano todo entero á un ser diferente de mí, y me gozaba en vencer la resistencia de su pesantez, que aunque poco sensible me pareció ser una potencia animada.

Acercuéle á los ojos, y me puse á contemplar su figura y sus colores: él olfato delicioso que exhalaba, me le hizo acercar tanto, que casi le tocaba con los labios; no me saciaba de inspirar su perfume, ni de gustar los placeres del olfato, conteniendo cuanto podía dentro de mí este aire embalsamado de que me sentía lleno; abrí la boca para exhalarle, volvió á abrir para volverle á aspirar, y entonces sentí que poseía un olfato interior, mucho mas fino, mucho mas delicado que el primero; en una palabra, gusté.

¡Qué sabor! ¡qué sensación tan nueva y tan deliciosa! Los demás sentidos solo me habían proporcionado placeres; pero el gusto me dió el sentimiento del deleite: la intimidad del goce de esta clase me ocasionó la idea de la posesion, y creí que la sustancia de este fruto se había convertido en la mía, y que yo tenía la facultad de trasformar los seres.

Lisonjeado con esta idea de poder, y llevado del placer que acababa de sentir, cogí sucesivamente diferentes frutos, y no me cansaba de ejercitar mi mano para satisfacer mi gusto; pero una languidez agradable que se fué poco á poco apoderando de mis sentidos, entorpeció mis miembros, y suspendió la actividad de mi alma, cuya inacción conocí por la lentitud de mis pensamientos, y porque todos los objetos me parecían redondos, y mis sensaciones solo me presentaban imágenes pasajeras y mal terminadas: en este estado mis ojos, que de nada me servían, se cerraron, y no siendo ya mi cabeza sostenida por la fuerza de los músculos, me tendí en la yerba para apoyarla.

Todo se borró de mi memoria, todo desapareció para mí, interrumpióse la série de mis pensamientos, y aun perdí el sentimiento de mi existencia; dormí profundamente; pero no sé si duró mucho este sueño, pues no había formado todavía idea del tiempo, y carecía de medios para medirle: desperdí, lo que fué para mí volver á nacer, y lo único que sentí fué que había dejado de ser.

Esta muerte que acababa de experimentar, me dió alguna idea de temor, y me hizo sentir que yo no debía existir siempre.

Tambien me infundió inquietud el no saber si había dejado en el sueño alguna parte de mí ser; y así hice prueba de mis sentidos, y puse á reconocerme.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando estando recorriendo con la vista el contorno de mi cuerpo para asegurarme de que nada me faltaba de mi existencia, vi junto á mí una figura semejante á la mía! Tuvele por otro yo, y creí que lejos de haber perdido parte alguna interior había dejado de existir en este nuevo ser. ¡Puse la mano en este nuevo ser. ¡Qué pasmó! No era yo, sino mas que yo, y mejor que yo, de modo que creí que mi existencia iba á dejarme y pasarse toda

entera á esta otra mitad de mí mismo. Sentíla arrojarse al contacto de mi mano; y su alma agitarse con mis miradas, y las suyas deterraron en mis venas un nuevo principio de vida; hubiera querido darla todo mi ser; este ardiente deseo completó mi existencia, y sentí nacer en mí un nuevo sentido.

A este tiempo el astro del día que había llegado al fin de su carrera ocultó su luz; pero yo apenas advertí que perdía el sentido de la vista; existía demandado para que dejase de existir, por mas que al mismo tiempo la oscuridad en que me hallaba me recordase la idea de mi primer sueño.



DE LOS SUEÑOS.

La teoría de las facultades del alma había llegado al fin de su carrera ciencia, cuando los hechos sobre que descansa observados con exactitud, hubieren sido registrados y clasificados con cuidado. La acción durante el sueño de los órganos que la sirven y de la voluntad que la dirige, es sobre todo digna de observarse, porque entonces obedece solamente á las leyes de la naturaleza. Así, el psicólogo no debe descuidar el estudio de los sueños, si quiere conocer la naturaleza del principio que los produce. El doctor Abercrombie en sus investigaciones sobre la inteligencia, cita muchos hechos extraordinarios cuya realidad garantiza.

Un sacerdote venido de un pueblo cercano á Edimburgo, pasaba la noche en una posada. Allí, durante su sueño, se le figuró que ardía su casa y que uno de sus hijos corría peligro de muerte. Inmediatamente se levantó y se apresura á dejar la ciudad. Apenas había salido de los muros, divisó su casa ardiendo, y llegó á tiempo de salvar á uno de sus hijos, de tierna edad, que en el desórden cau-

sado por el incendio, se había quedado en medio de las llamas.

Un presidente del Parlamento de Tolosa, volviendo de París á sus hogares, se vió obligado por un accidente á detenerse en una posada de un pueblecillo. Por la noche se le aparece un viejo: "Yo soy, dice, la sombra pálida y sangrienta, el padre del dueño actual de esta casa; mi hijo me ha asesinado; mi cuerpo descuartizado, ha sido enterrado por este malvado en mi jardín. Descubre el crimen, denuncia al culpable y véngame." La sombra desaparece. El magistrado asustado con este sueño, que sin embargo, atribuía á los vapores del mismo, se levantó temprano, habla con su joven huésped, y le interroga diestramente sobre la enfermedad y muerte de su padre; la turbación del pariente le vende. El presidente finge que no lo ocha de ver, supone un negocio, sale, va á buscar al juez y la gendarmería, cavan en el sitio designado y encuentran el cadáver; convencido el asesino, declara su crimen, es entregado á los tribunales, y sufre su castigo.

Un propietario de la ciudad de Benfeldon (Bajo Rhin), cuyas posesiones se hallan á poca distancia de dicha ciudad, creyó ver en sueños, el año de 1819, á un general romano, declararle su nombre y contarle la batalla que se había dado en aquel sitio, y su muerte. "Cavad, dijo la fantasma, cavad en vuestro jardín y encontraréis mis huesos y mis armas." El nombre del mismo general hallado exactamente en las antigüedades de Alsacia, inspira al propietario la idea de verificar su sueño. Sin embargo, esta empresa no se realizó, y al año siguiente, el mismo día volvió á aparecer la fantasma y repitió sus instancias, en vista de lo cual, cavaron y hallaron cuanto se había indicado.

Una señora del pueblo de Issenheim, soñó en 1834 que ardia su casa de campo, y avisó á su marido en medio de la noche. Un ecarrto de hora

después llamando fuertemente á la ventana vinieron á dar parte del incendio. El marido, ya desvelado por los temores de su esposa, saltó al instante de la cama, y llegando antes que tomasen cuerpo las llamas, consiguió librar la vida á un pobre criado, que hubiera perecido si tardan cinco minutos.

La víspera del día en que Enrique II pereció en un torneo, Catalina su esposa le suplicó que no entrase en la liza, porque le había visto en sueños pálido y cubierto de sangre.

Un mes antes del regicidio de Ravallac, la reina Médicis soñó que estaba inundada en sangre y despertó dando un fuerte grito. Preguntándole Enrique IV la causa de su espanto, le contestó había soñado que le asesinaban. Enrique demasiado crédulo por su desgracia se rió de la vision, diciendo que los sueños no eran mas que mentiras.

Una de mis vecinas, escribe Mr. de Segur, me contaba hace poco que estando malo su hijo, había experimentado todas las alarmas y agonias que solo puede sentir y espresar el mas tierno y verdadero de los amores: el amor maternal. Había pasado dias y noches sin descanso y sin sueño, hasta que al fin el niño se pone mejor; los accidentes cesan y le declaran fuera de peligro. M. de M*** cediendo á las vivas instancias de su familia, y de sus amigos, consintió en acostarse, y se durmió apaciblemente. De improviso y á la media noche, creyó ver junto á su lecho á su médico, que la llama y la dice: "¿Qué hacéis, desgraciada madre? Dormís y vuestro hijo se muere." Al oír estas palabras saltó de la cama dando un penetrante alarido y corre precipitadamente al aposento que había dejado, antes con tanta seguridad; llama suspirando á la nodriza, y esta mujer, que estaba acostada, le pregunta el motivo de su espanto: "Vuestro hijo, la dice, está quieto descansando sobre mi seno." Estas palabras no pueden sosegar á

una madre aun turbada con tan horrible sueño; toma una luz, se aproxima á la criatura; su palidez, la contraccion de sus facciones, sus ojos vueltos y fijos redoblaban su terror; le arrancan de los brazos de la nodriza, se sienta, procura en vano reanimarle y darle calor; el infeliz muere sobre su regazo.

Cambises turbado por un sueño, decretó la muerte de su hermano, á quien creia haber visto sentado en el trono. Nadie ignora los sueños de Faraon ni de Nabucodonosor, ni los de Bruto, al que un espectro se apareció dos veces para profetizarle su derrota y su muerte. Sila titulaba en un sueño; así los tiranos sueñan de noche con la sangre que han de derramar de día.

El doctor Abercrombie refiere tambien el suceso de un cajero de una de las principales casas de comercio de Glasgow, que no pudiendo establecer la balanza de sus cuentas por mas que medita y se fatiga, lo consiguió al fin por medio de un sueño que le reveló una indiscrecion cometida ya hacia nueve meses. El mismo incrédulo Voltaire tenia algun respeto á los sueños, le parecían el origen sencillo y natural de las primeras predicciones, y le aconteció soñando componer versos y recitar un canto entero de la *Henriada*, diferente de los conocidos.

Lo que alimenta y alimentará siempre la credulidad, es la curiosidad del presentir, y esta mira inagotable hará la fortuna de los charlatanes de toda especie. En todos tiempos han sido estimados los astrónomos que estudian la marcha de los cuerpos celestes; pero han sido mejor pagados los astrónomos que los hacían hablar y adivinar. Otra causa entretiene la fe del vulgo en las predicciones y oráculos sobre falsas y al instante se olvidan; pero se verifica una sola y queda impresa en la memoria y grabada en la

imaginacion; en vano la razon trabaja en borrarla.

LOS TERREMOTOS.

Los sacudimientos que experimenta el globo que habitamos, son de dos especies: los unos causados por la explosion de los volcanes, no se hacen sentir sino á pequeñas distancias, y solo cuando los volcanes obran, ó antes de su total erupcion. Conmueven la tierra en un cierto espacio, á la manera que, en una explosion de un almacén de pólvora, hay una conmocion que se hace sensible á muchas leguas. Los otros, muy diferentes en sus efectos, se hacen sentir á grandísimas distancias; y sin que se observe ningun volcán ni erupcion, conmueven un largo trecho de terreno. Hay ejemplos de temblores que se han sentido á un mismo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y hasta mas lejos; los que casi siempre van acompañados de un ruido sordo, semejante al de un gran coche que corre con rapidez. Semblables efectos se atribuyen por lo regular á que los terremotos se hallan interiormente llenos de cavidades, que comunicándose respectivamente y reuniéndose ó partiendo de un centro comun, pueden resentirse en un instante á remotísimas distancias de la conmocion central.

Clamamos por ahora á algunas observaciones propias para hacernos conocer cuáles pueden ser las causas de los temblores de tierra.

Todas las materias inflamables y capaces de explosion, particularmente las piritas ferruginosas, producen, por medio de la inflamacion, una gran dilatacion en el aire y en los fluidos aeriformes. Supongamos que á una profundidad considerable, á cincuenta ó sesientos toesas por ejemplo, se encuentran piritas ú otras materias que por el contacto con el agua llegan á

inflamarse: el aire estremadamente encerrado por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay términos con que poder expresar cuán funestas son estas explosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavía algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al furor de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera á otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despojar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisina pueblos y Estados sin dejar, por decirlo asi, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judíos, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos recómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo asi, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y po-

zos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierto dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calcinamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en el gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopla fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, refluyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierta un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fétidas y malignas: es el mar putrido.

LAGOS SUBTERRÁNEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua á ininidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.



VARIEDADES.



CASCADAS DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erié y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 163 pies, y en aquella se lanza desde 165 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman tímpanos y carámbanos caprichosos.

El Autanas, que es el aflente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion

por una cascada perpendicular de 242 pies de alto.

“Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvajes del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

“Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y embeberse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me da tédio la vida, y coozoço que el trato con los hombres destruya mi corazon, y vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hácia lo pasado. ¡Hermosas meditaciones! ¡secretos é inefabables encantos de una alma que goza de sí misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me vi por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un oceano de selvas, sentí en mí una estraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguia ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: “Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres? sí, algunos salvajes que no se dan pena por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes. ¡Hombres, por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place.”